

La J española y la J arábica: Alfajarín y otros topónimos

Por Abelardo Moralejo Laso

*A mi buen amigo y antiguo compañero
y rector Luis Legaz Lacambra, oriundo de
Alfajarín.*

El hecho de contar la lengua castellana en su sistema fónico con el sonido gutural fricativo sordo de la *J*, que falta en los de las otras lenguas romances peninsulares —portugués, gallego, catalán, valenciano— y en todas las demás del mismo origen neolatino —francés, italiano, rumano, rético, sardo—, y de otra parte el hecho histórico de la influencia en la formación de aquélla de la lengua árabe, que se habló en la Península durante siglos y que poseía también tal sonido en su sistema, han motivado la creencia o suposición, por lo menos vulgar, de que entre ambos fonemas existe una relación de causalidad y de continuidad, de modo que la *J* castellana sería como hija y heredera de la arábica. La creencia en tal supuesta relación está probado por la fonética histórica que no responde a la realidad; mas esto no acaba de convencer a muchos y particularmente a quienes piensan o presumen que los sonidos y otros elementos de las lenguas pueden o deben proceder de préstamos de otras, como ocurre con muchas palabras, mejor que de la propia y peculiar evolución fonética, morfológica, etc., de cada una.

No estará de más advertir primero que el fonema en cuestión existe también, igual o casi igual, en otras lenguas de diversas familias; así, por ejemplo, en alemán de la germánica, en ruso y otras lenguas eslavas, en irlandés antiguo y moderno que es céltica, aparte las semíticas como el árabe y el hebreo, y en aquéllas se sabe que resultó de la evolución de otros fonemas anteriores y no sin analogía en las eslavas con lo que se verá en la nuestra¹.

Ahora bien, si tratamos de buscar alguna relación entre la *J* española y la *J* árabe o también la *H* aspirada sorda de esta lengua, parecida a aquélla, aunque más suave, y dicho más concretamente, entre vocablos de una y otra

1. Se representa o transcribe este fonema por *CH* en el alfabeto alemán y en el holandés, y lo mismo en checo y polaco, y en irlandés antiguo y moderno, y por *X* en ruso y serbio, que continúa el mismo signo del alfabeto griego. En el alfabeto hebreo por la letra *Jeih* y a veces por el *Caí* final. En las lenguas eslavas salió muchas veces de la evolución de *s* palatalizada previamente.

lengua con alguno de estos sonidos, nos encontramos por un lado con que generalmente los arabismos del español que en sus orígenes o bases arábicas tuvieron alguno de los dos indicados, no los conservan como *J* en la lengua adoptiva y por el otro con que la *J* española es corriente en vocablos de origen latino o germánico y aun arábigo, como resultado de la evolución fonética de varios fonemas simples o bien de varios grupos o combinaciones de tales, que no se parecían antes en la pronunciación ni a la *J* resultante ni a sus homófonas y casi homófonas del árabe.

Además la aparición de la *J* en castellano fue muy posterior en el tiempo a la terminación de la Reconquista, y con ello de la primera y principal condición para la influencia de la lengua arábica, ya que tuvo lugar en pleno siglo XVII y en puntos aislados del sur del dominio lingüístico, si bien su difusión y generalización se produjo con bastante rapidez². Resulta, pues, que a lo largo de la Edad Media, mientras convivieron ambas lenguas en la Península y se prestaron elementos y tomó la castellana, o mejor dicho la romance en general, sus numerosos arabismos, no admitía ésta en ellos las aspiradas *J* y *H* de su lengua de origen por no tener tales fonemas entre los suyos propios, sino que las cambiaba generalmente en *F* por razón de semejanza acústica, que luego pudo seguir el camino de la *F* latina hasta *H* muda; pero siglo y medio después o poco menos de liquidada la Reconquista se desarrolla en el romance castellano, ya en su apogeo literario y por evolución espontánea al parecer, nuestra *J*, y no sólo en voces castizas o populares de tradición latina o de otras procedencias, sino hasta en arabismos que contuvieron fonemas iguales o análogos a los que en aquéllas se habían transformado en *J*.

Casos patentes de arabismos con *J* originaria son, p. ej., de *al-jayyāt* "sastre" castellano antiguo *alfayate*, portugués *alfaiate*; del *al-jomra* *alfombra*, los dos con la fricativa labial sorda *F* por la gutural que faltaba en el español medieval. Casos de *H* aspirada sorda son de *al-buhaira* "marecito, laguna", *albufera* o *albuhera*, *albuera*; de *al-hamrā* "la roja", *Alfambra*, río de Teruel, y *Alhambra*, también con *F* o con *H* como la que salió de *F* latina y enmudeció a no ser en el sur. Esta evolución parece haber sido la normal y más corriente; pero, como veremos después, no le faltaron excepciones³.

La *J* española, en cambio, resultó de la evolución del fonema romance fricativo palatal sordo, escrito en castellano arcaico como *X* y pronunciado como *CH* francesa (ç), que a fines del primer tercio del siglo XVII pasó a pronunciarse como gutural o velar (*J* moderna), replegándose aquella pronunciación hacia zonas dialectales no castellanas del este y del oeste peninsulares. Pero tal fonema único procedía de otros varios simples o combinados, como ya se indicó antes, de origen latino, germánico y aun arábigo, que en él habían convergido anteriormente. Así, de las bases latinas *gente*, *junco*, *sapone*, *bassu*, *axe*, *filiu*, *oculu*, *tegula* tenemos hoy las voces *gente*, *junco*, *jabón*, *bajo*, *eje*, *hijo*, *ojo*, *teja* mediante su paso a través de más o menos

2. Véase R. LAPESA, *Historia de la Lengua Española*; Madrid 1942; pág. 192.

3. Para los arabismos en general véase A. STEIGER, *Contribución a la fonética del hispano-árabe y de los arabismos en el ibero-románico y el siciliano*; Madrid 1932; índices. Para algunos también, W. J. ENTWISTLE, *The Spanish Language*; Londres 1948; índices. Para los topónimos, M. ASÍN PALACIOS, *Contribución a la toponimia árabe de España*; Madrid-Granada 1940.

cambios fonéticos, pero todas por el fonema palatal sordo X (ǰ) que precedió a la J. Análogamente de una base germánica *gārdinu* a través del francés *jardin* tenemos *jardín* y de un topónimo híbrido, latino-germánico, *Castrum Sigerici*, *Castrogeriz*.

Así mismo entre los arabismos *jeque* "jefe" (ant. *xeque*), salió de *xaij/xeiǰ* "viejo", con q por j final, por la misma razón antes apuntada de carecer de este sonido el castellano antiguo, y *ajuar* de *ax-xuwar* "dote"; como también *aljofaina* del diminutivo *al-yofaina* de *al-yáfana* "escudilla, plato" y *aljofifa* de *al-yaffāfa* "esponja de mar" (del verbo *yāffa* "enjugar"), con i por a larga por imela⁴. En aquellos dos la J refleja el cambio del xin árabe o X, y en éstos del *yim* o *Ŷ*, que era sonoro, pero pasó previamente a sordo como en las voces latinas y demás. Pero no faltan casos de arabismos con doble fonema, a sea con H o J arábicas, que pasaron a F, y con X o *Ŷ* que dieron J: tales son, por ejemplo, el arcaico *alfajeme*, de *al-āyām* "curandero, barbero" (con imela en e), y *alfanje*, de *al-janǰar* "puñal o espada corta".

Por estos casos se ven más claramente los dos cambios que supone el paso de los dos pares de fonemas árabes al castellano, de H y J a F y de X e *Ŷ* a J, que además tuvieron lugar en épocas distintas y distantes varios siglos entre sí. El primero era una sustitución imperfecta ocasional entre fonemas análogos, mientras que el segundo fue un verdadero cambio fonético general de un fonema por otro, que alcanzó también a los arabismos de la lengua.

Pero los cambios fonéticos no suelen producirse con la regularidad que suponen los ejemplos que suelen aducirse para su formulación y demostración, aunque formen mayoría en cada uno y en cada lengua, ni las adaptaciones o sustituciones de fonemas entre lenguas en contacto, como estaban el árabe y el castellano y demás romances peninsulares durante la Edad Media, se dan tampoco con plena uniformidad, como vamos a ver en los que aquí nos interesan, a saber, en los casos de H aspirada y de J arábicas.

Del primero ya quedan apuntados atrás ejemplos de arabismos en que alternan sustituciones con F o con H que se aspiraría en un principio y acabó por esfumarse o enmudecer. Del segundo son más variados los resultados del contacto, ya que además de la F vista en *alfayate* y *alfombra*, se ven casos con H muda, como *almohada*, port. *almofada*, de *al-mojadda* "funda de almohada", o con G, como *algarroba*, gall.-port. *alfarroba*, de *al-jarrupa*, o con C/K, como *califa*, de *jalifa*, y *alcachofa*, gall.-port. *alcachofra*, de *al-jar-xūfa*. Pero lo que parece más notable es que los hay también con J actual continuadora de la original árabe, como parece ser el topónimo *Alfajarín* (Zaragoza), que es el plural árabe, con el artículo, de *fajjār*, nombre de oficio que traduce Pedro de Alcalá por "hazedor de barro" o sea "alfarero"⁵.

Es cosa de notar que en el castellano *alfar* con sus derivados *alfarero* y *alfarería* ha sido eliminada la aspirada, aunque era J, a través del arcaico

4. Cambio de a larga en e o en i en ciertos arabismos españoles y portugueses. También *imala*.

5. Según A. STEIGER, ob. cit., págs. 236-37, y DOZY-ENGELMANN, *Glossaire des mots espagnols et portugais de l'arabe*, 2.^a ed. Amsterdam 1913, s. v.

alfahar cuya *h* enmudeció. La sustitución de *J* por *F* hubiera sido aquí tal vez difícil por chocar con la *f* inicial del sustantivo y dar por resultado una forma **alfafar* con *f* repetida. Sin embargo tampoco faltan en la toponimia valenciana un *Alfajar* en Valencia y un *Alfajara* en Alicante, que parecen probar aún más la falta de la *J* en romance o la dificultad de su articulación⁶. En cambio en el nombrado *Alfajarín* parece que debió mantenerse continuamente la articulación de la *J* árabiga en boca de sus pobladores y de los vecinos, que serían mudéjares o moriscos en buena parte después de su reconquista y que a su vez la transmitirían a los repobladores cristianos y perduró así hasta enlazar con la aparición de la *J* castellana y con su difusión por tierras aragonesas⁷.

Cuando me di cuenta hace algún tiempo de la permanencia de este curioso topónimo en su forma original árabe y particularmente del fonema que venimos investigando, traté de buscarle posibles paralelos en otros topónimos del mismo origen, y efectivamente no faltan algunos, ya con igual fonema, ya con su análogo antes indicado. Así se encuentra en Málaga *Aljandaque*, nombre de un arroyo en Alpandeire, de *al-jandaq* "el barranco", con *J* originaria, y en Cádiz *Aljocén* y *Aljucén* en Badajoz, pueblos de *al-ḥuṣain*, diminutivo de *ḥiṣn* "castillo", con *H* que ha pasado a *J*⁸. Es de presumir que también en estos casos y otros posibles la pronunciación de las dos aspiradas arábicas se mantendría viva hasta que tuvo ocasión de incorporarse a la de la *J* castellana una vez que apareció y se propagó por el sur de España favorecida por tal aspiración⁹. Ni falta inclusive otro topónimo andaluz con *J* repetida de *H* y de *X*, *Almejijar* (Granada) de *al-māḥāxir* "las reuniones" (con imela de *i* por *ā*), que prueba la compatibilidad de las dos¹⁰.

Resumiendo lo expuesto resulta, pues, que ni el castellano medieval ni siquiera el clásico hasta entrado el siglo XVII, tenían en su sistema fonológico el fonema de la *J* moderna, que existía en cambio en árabe, y hubo de adaptarlo en los préstamos arábigos de varias maneras; pero luego en castellano o español moderno se desarrolló por evolución propia de otro fonema de varios orígenes y entró a formar parte de aquel sistema. Entre ambas etapas de la lengua parece ser que por lo menos algunos topónimos arábigos con aquellas aspiradas *J* o *H* mantuvieron su pronunciación en boca de moriscos y en regiones habitadas e influidas lingüísticamente por ellos. Y *Alfajarín* es quizá el primero de norte y sur y el mejor conservado.

Santiago de Compostela, 1976.

6. Véase ASÍN, ob. cit., s. vv.

7. Véase J. M. LACARRA, *Aragón en el pasado*; Madrid 1972; págs. 174-176, sobre "el ambiente mudéjar que dominaba en sus ciudades y campos". En manos de moros habían estado en la Edad Media las artes de la construcción, siendo ellos los albañiles, carpinteros, herreros, alfareros, etc. Zaragoza está rodeada de topónimos árabes, como *Alcalá de Ebro*, *Alfocea*, *San Juan de Mozarrifar*, *Puebla de Alfindén*, *Zuera*, y en la ciudad está la *Aljafería*, de *al-ǧa'fariya* (castillo del rey Abu-Ya'far o Muqtadir ben Hud), y al otro lado del Ebro el *Arrabal*. Véase la mayor parte en ASÍN, ob. cit., s. vv.

8. Véase ASÍN, ob. cit., s. vv. También aquí *Zujáira* (finca en Granada), de *ṣujaira* "peñuela", diminutivo como *zuḥaira* 'bonita', pero éste con *H* sonora, que dio el ya citado *Zuera*.

9. Véase LAPESA, lug. cit.

10. Véase ASÍN, ob. cit., s. v. Comparables entre sí por su doble fricativa son *Aljafería* con *J* y *F* y *Alfajarín* con *F* y *J*; pero ésta allí es secundaria o salida por evolución de *Ĵ*, y allí la misma *J* árabiga.